

se encontraba la jóven que había permanecido esperando toda la noche.

La criada que abrió la puerta, en vez de volverla á cerrar, se quedó en el dintel mirando hácia el arco del acueducto en que poco antes había estado embozado.

—Sin duda se ha cansado de esperar.

Dijo la criada viendo que no estaba el misterioso personaje.

En seguida cerró de golpe la puerta.

El viento siguió silbando aunque con menos fuerza.

La luz del farol continuó alumbrando débilmente la plazuela.

Y el auriga que había vuelto á montar en una de las mulas, permanecía quieto, embozado en su capote azul, en espera del personaje que había entrado en la casa.

CAPITULO III.

Una visita.

El hombre á quien la criada había abierto la puerta, y que acababa de entrar en la casa, era de arrogante porte, de finos modales, de gallarda presencia y de amena conversacion.

Llevaba entonces un frac azul con boton dorado, pantalon negro de finísimo paño, corbata de raso que remataba en un gracioso lazo; chaleco de terciopelo ricamente bordado, guantes blancos de exquisita cabritilla, y flamantes botas de lustroso charol.

Su fisonomía era simpática, y aunque examinadas separadamente sus facciones no podían calificarse de perfectas, presentaban, al primer golpe de vista, ese agradable conjunto

que suele arrancarnos estas palabras: *es un buen mozo.*

La hermosa que le habia estado esperando, era por el contrario, perfecto tipo de esa mezcla de la raza española y mexicana; tipo en que se compendian todas las gracias, todos los atractivos, toda la ternura con que la naturaleza ha dotado á la mujer.

Las embalsamadas auras de América habian comunicado á sus delicadas facciones su dulzura, su suavidad y su agradable frescura; la flor del granado y las rosas de los pensiles de Anáhuac llevaron á sus rientes labios el nacarado tinte de sus perfumadas hojas; y el bello sol de México habia bañado su finísimo cutis y sus purpúreas mejillas, desliendo dudosamente de sus celajes ese purísimo color que participa del lirio y de la rosa, imperceptiblemente moreno; el mas seductor, el mas delicado, el mas expresivo de todos los colores. Su frente despejada y limpia como el cielo de su patria, era el espejo donde se reflejaba el talento de una imaginacion privilegiada. Sus negros ojos, velados por luengas y sedosas pestañas, los fieles intérpretes que enviaban en una de esas indefinibles miradas

que nos fascinan, que embriagan y conmueven, toda la pureza de una alma sin mancilla; y su poética y seductora cabeza, velada por una abundante, negra y ondulosa cabellera que realizaba el delicado contorno de su ovalado semblante, indicaba la dulce afabilidad, la ternura y el cariño de los ángeles.

En perfecta armonía con las delicadas formas de su hechicero rostro, se encontraba su airoso cuerpo esbelto y flexible como la palmera, ligero y gracioso como el de Diana. Una batá airosa, amplia, de gasa blanca, ceñida á la cintura con una cinta ancha azul celeste, envolvía su vaporoso talle, realizando las gracias de su bello contorno, como los diáfanos celajes la misteriosa faz de la plateada luna.

La edad de esta seductora mujer que resumía en sí sola todos los atractivos con que han revestido los poetas á las huris y á las ondinas, sería como de 18 años: la del jóven no debía pasar de los 27 ni bajar de los 25.

—¡Hermana mía! . . . ¡querida Luisa!

Dijo Enrique al entrar en la pieza en que le esperaba la jóven, y abrazándola con el afecto mas tierno.

—¡Ah!... ¿eres tú, hermano mio? ¡Cuán feliz soy ahora! Temí que la tempestad me privase de tu visita.

—¡Y Fernando?

Preguntó Enrique con ansiedad, cogiendo entre sus manos las de su querida hermana.

—Ha salido.

—¡También esta noche!

Exclamó el jóven con extraño acento, dejando ver en su rostro un gesto de disgusto.

—Ya te he dicho varias veces—dijo Luisa, sin advertir aquel cambio en la fisonomía de su hermano—que me deja en cuanto suena el toque de ánimas, y que vuelve á la una, sin que hasta ahora me haya querido decir el sitio á dónde vá, ni la causa que le obliga á obrar de esta manera.

—No sé qué pensar de su extraña conducta.

Pronunció Enrique fijando los ojos en el suelo con aire pensativo.

—¿Qué te pasa, hermano mio?

Y Luisa se acercó con cariñosa curiosidad á su hermano, é inclinó su hechicera cabeza sobre su hombro.

—Que dudo de la fidelidad de tu esposo.

La jóven se estremeció como el tímido cervatillo al rugido del leon; alzó la cabeza como si despertase de un profundo sueño, y dejó ver en la expresion de su mirada, la inquietud y la ansiedad mas intensas.

—¿Qué estás diciendo Enrique?

Y Luisa fijó los ojos en los labios de su hermano, como si necesitase ver el movimiento de ellos para convencerse de lo que sus oídos escuchaban.

—Digo que dudo de su fidelidad; que en vez de corresponder al sacrificio que hiciste de unirse á él por acatar el mandato de un padre moribundo, te ofende y te desprecia; que cuando debiera hacerte olvidar la memoria de un hombre que era tu existencia, prodigándote todas las atenciones á que por tu virtud eres acreedora, abusa de tu debilidad y te abandona; que su conducta es injustificable; y en fin, que abrigo vehementes sospechas de que su cariño pertenece á otra mujer por quien te olvida.

Mientras Enrique se expresaba de esta manera, exaltado de noble indignacion, Luisa le miraba sin perder el mas leve de sus movimientos. En los rostros de ambos herma-

nos se marcaban las distintas afecciones de que en aquel instante estaban dominados. Mientras Enrique movía los brazos con violencia, Luisa los tenía lánguidamente cruzados sobre el pecho como el reo que acaba de escuchar su sentencia: cuando el primero, plegando el entrecejo, enviaba una de esas miradas terribles, amenazadoras, la segunda fijaba sus bellísimos ojos en el retrato de su finado padre, colgado en la pared, como aquel que resignado sacrifica sus aspiraciones en aras del amor filial. Las facciones del uno reflejaban la indómita fiereza, el corazón del hombre que no puede supeditar los sentimientos que le hieren, que le desgarran: las de la otra indicaban la fuerza de voluntad del sexo hermoso, vinculado en la abnegación, en el sufrimiento interno, en la resignación. Enrique personificaba el valor del hombre: era el San Miguel amenazando con su espada al ángel rebelde; Luisa representaba el amor de la mujer; era Virgen que sufría sin quejarse al pie de la cruz, todos los tormentos, todos los pesares.

Enrique se detuvo de repente en medio de la estancia; bajó la vista al suelo con aire re-

flexivo; inclinó su frente en el dorso de la mano derecha, cuyo codo se apoyaba en la palma de la izquierda; ocultó el labio inferior entre sus dientes, oprimiéndole con fuerza, y permaneció así un instante ocupado en serias reflexiones. A poco sus ojos se inflamaron, su pecho se oprimió con violencia, levantó la cabeza, y exclamó con acento terrible.

—¡Ese hombre te ofende: ese hombre te olvida!

Luisa palideció al sonido de aquellas funestas palabras; pero sin embargo, quiso cerrar su alma á la sospecha, y respondió con el acento del dolor.

—No.... no.... eso es imposible... porque eso sería una infamia!

Y sus ojos buscaron en los de su hermano una respuesta que la afirmase en su creencia. Verdad es que no amaba á su esposo, porque, como Enrique había dicho, el ruego de un padre moribundo formó aquel matrimonio; pero por eso mismo se creyó con mas derecho á su fidelidad. Había sacrificado por unirse á él todas sus ilusiones, sus mas risueñas esperanzas: había renunciado por él al cariño del hombre que había hecho latir su corazón de

amor; que todos las noches permanecía debajo del arco del acueducto embozado en su capa sin apartar la vista de ella; y aquello, en su concepto, merecía otra recompensa que la traición y el desprecio.

Enrique, que cuanto mas meditaba en la extraña conducta de Fernando, creía encontrar mayores pruebas de su infidelidad, observó:

—De otra manera, ¿cómo se explica el que te abandone en una noche como esta, en que se teme un pronunciamiento que inunde de sangre las calles de la capital?

—¿Será posible?... ¿se espera una revolución?... ¿no es imposible?

Dijo sobresaltada y llena de espanto la hermosa joven.

—De un momento á otro.

—¡Dios mío!

—Los yorkinos se han apoderado ya de la Acordada en que el gobierno tenía un gran depósito de cañones y de municiones, y se disponen al ataque.

—¿Y cuál es su plan?

—La expulsión de los españoles.

—¿Pero estás seguro de que será esta noche el pronunciamiento?

—No te puedo decir otra cosa sino que me he encontrado con varios grupos de gente del bajo pueblo, armada, que se dirigía al sitio que de nombrar acabo.

—¿Y Fernando fuera de casa!

Pronunció afligida Luisa, sin acordarse ya de otra cosa que del peligro en que creía á su esposo.

—Ya veis si tengo motivos para dudar de su conducta.

—Pensemos en su peligro, no en sus ofensas,—advirtió la digna esposa;—su vida me importa mas que mi felicidad, porque de ella estriba la ventura de mi hijo.

Enrique estrechó la mano de su hermana impulsado por ese sentimiento puro que nos inspira la virtud.

—¡Cuán buena eres, Luisa!—añadió en seguida acercándola á sus labios.—¡Tu alma es la de un ángel cuya ternura está muy lejos de apreciar en su justo valor el ingrato esposo que te abandona.

Luisa dirigió á Enrique una mirada suplicatoria en que le rogaba no le hablase de un

2843

asunto que rasgaba su corazón. El joven comprendió lo que de él se exigía, y admiró más y más los nobles sentimientos de su querida hermana.

—Está bien—la dijo—no hablaré más de mis sospechas. Pero no te dejaré hasta que no vuelva Fernando, porque no es prudente que permanezcas sola en una noche en que pueden ocurrir desgracias.

—¡Ah! . . . —exclamó Luisa con la más honda efusión de gratitud.—¡Tú eres la única persona que se interesa por mi felicidad!

—No solo yo, hermana mía; hay también otra persona que solo piensa en tu ventura.

—¿Quién?

Preguntó la joven con sencillez.

—Miguel.

Luisa sintió agolparse á sus mejillas toda la sangre del corazón. Enrique continuó.

—Sí; Miguel que es tan desgraciado y tan noble como tú.

—¿Por qué poner el dedo—dijo la joven con tristeza—sobre la viva herida que nunca se cerrará! . . .

—¿Nunca!

—Nunca. ¡Si yo hubiese seguido tus consejos! . . . pero ya no hay remedio.

—¡Pobre Luisa!

Pensó interiormente Enrique, contemplando á su triste hermana en cuyos ojos empezaban á brillar algunas lágrimas. Y ambos quedaron en silencio por largo espacio, hasta que Enrique añadió:

—¿Y ha venido esta noche?

—Como siempre.

—¿A pesar de los riesgos á que se exponía?

—¿Riesgos?

Interrumpió asustada Luisa, como si le viese amenazado de ellos en aquel instante.

—¿Ignoras que es ayudante del ministro de la guerra?

—Es verdad.

—Muy mal lo hubiera pasado si hubiese caído en poder de los pronunciados.

—Ha sido una imprudencia.

—¿Y quién no las comete cuando ama como él?

—Sí, pero debiera ya olvidar ese amor.

—¿Te ofende con él cuando es tan puro como el que yo te consagro?

—No; pero me expone: porque si Fernando llegase á verle alguna vez....

—Imposible; él sabe muy bien que de noche se ausenta de casa y que no vuelve hasta muy tarde.

—Sin embargo....

—¡Pobre Miguel!.... A mí me comunica todas sus penas; me ha confesado esta debilidad; me ha dicho que necesita verte aunque sea de lejos para soportar la vida; me ha pedido mi consentimiento para hacerlo, y como conozco la hidalguía de su noble alma, nada he podido negarle.

El ruido de voces de varias personas que hablaban en la calle, vino á cortar aquel diálogo.

—¿No has oído?

Preguntó Luisa.

—Sí, están hablando debajo de la ventana.

—¿Qué será?

—Véamos.

—Pronunciados tal vez.

Y en tanto que Luisa decía estas palabras, Enrique se había acercado con sigilo á la ventana, al través de cuyos cristales miraba lo que pasaba en la calle.

—¿Ves algo?

—¡Silencio!

Dijo en voz baja Enrique llevando el dedo índice á los labios, y haciéndola señas de que se acercara.

—¿Hay novedad?

Preguntó en el mismo tono misterioso la jóven, caminando poco á poco sobre las puntas de los piés, en dirección á donde estaba su hermano.

—Son pronunciados.

—¿Y Fernando ausente!

—Nada temas. Pero escuchemos.

Y ambos aplicaron el oído al marco de la ventana para no perder ni una sola de las palabras que pronunciaban en la calle.

Los pronunciados, bien agenos de pensar que eran espiados, ó cuidándose muy poco de que pudiesen ser oídos, mantenían un animado diálogo que dejamos pendiente para el otro capítulo.

CAPITULO IV.

Proyectos y temores.

Lo primero que Enrique y Luisa procuraron al acercarse á la ventana, fué ver á los que debajo de ella hablaban. No les fué difícil satisfacer su curiosidad por ser la casa baja, y estar los interlocutores algo retirados de la pared.

Era un grupo de diez hombres, cuyo traje indicaba á primera vista, que pertenecían al bajo pueblo.

Todos iban armados de fusil, y vestían, con corta diferencia, de la misma manera: calzon blanco ancho, sostenido por un ceñidor; sombrero de petate unos y *poblano* de inmensas alas otros; chaqueta de dril blanco ó aplomado, y una frazada al hombro. Los rostros de los mas eran cetrinos; áspero, despeinado y

negro el cabello, y sus cuerpos ágiles, robustos y bien formados. En la mirada de sus ojos se revelaba el valor; en el descuido con que allí permanecían, la sangre fria con que miraban el peligro; y en la atencion con que escuchaban las palabras de otro hombre, á quien daban el nombre de capitán, el alto concepto en que le tenían.

Era este como de treinta y cinco años; sus facciones, aunque podían calificarse de hermosas, carecían de ese *no sé qué* indefinible y significativo que revelan á primera vista la cuna en que ha nacido el hombre: su color era blanco, pero bañado por la capa amarillenta que imprimen los igneos rayos del sol en el descuidado cutis del soldado y del marino: bajo unas anchas y espesas cejas rubias, brillaban dos pequeños ojos azules, en que se reflejaba la mirada del hombre osado y emprendedor: el bigote lo llevaba largo, y corta la patilla: su frente era espaciosa, pero vestida siempre de un ceño receloso que dejaba traslucir el fondo de un corazón perverso: su cabeza ostentaba una completa redondez que la hacía resaltar mas y mas el pelo que lo llevaba cortado á peine. Su cuerpo era bien forma-

do; su altura gigantesca, y su musculatura atlética.

Vestia este tambien último de paisano: levita café que llevaba desabrochada; pantalon negro; chaleco de terciopelo carmesí; sombrero *jarano* de castor amarillento echado el barboquejo, y bota muy fina de piel inglesa. El cuello de la camisa lo llevaba doblado hácia abajo, encima de una corbata azul celeste que remataba en un ancho lazo; un gran alfiler de brillantes ostentaba en el pecho, y una larga cadena de oro bajaba de sus hombros para ocultar sus extremos en el bolsillo izquierdo del chaleco en que descansaba un magnífico reloj.

Nadie, pues, por la descripción que de su vestido hemos hecho, le hubiera tomado por capitán, á no ser porque al fin venian á demostrarlo dos presillas que sobre sus hombros se veian, y una larga espada que llevaba ceñida á la cintura con un cinturón de charol negro.

—El golpe es seguro y el triunfo indubable.

Dijo el capitán, saboreando un habano, y arrojando una bocanada de humo.

—Ya deseo que empieze la jarana, capitán

Rossi—contestó uno con ronca y desapacible voz.—Entonces verán los chaquetas (1) y el partido escoces, quiénes son *mas hombres*, si ellos ó nosotros.

—Es que ellos hacen la guerra mas con plata que con balas—añadió otro.—No quieren que se expulse á los *gachupines* (2), y estos corresponden abriendo su bolsillo y franqueándoles sus tesoros.

—Mañana estarán sus riquezas en nuestras manos—dijo el capitán—y los españoles saldrán del país para siempre.

—¿Y no habrá, señor Rossi, excepcion para D. Andrés, el padre de la mujer que ama usted?

—Para ese menos que para ningun otro.

(1) Epíteto que daba el pueblo á los que creia adictos al gobierno español.

(2) Palabra india, adulterada por los españoles que empezaron á escribirla de la manera misma que sonaba á su oído, y que significaba *hijos del sol*. Los indios de México antes de que los españoles descubrieran aquella vasta region, creian que otros hombres superiores á ellos, irian *del lado de donde sale el sol*, á apoderarse de aquel país que de derecho les pertenecia; así es que al ver á Hernán Cortés y sus soldados, creyendo cumplida la profecía, exclamaron: *gachupin, gachupin*. Hoy la aplican los mexicanos á todo español cuando tratan de ofenderle.

Me negó orgulloso la mano de su hija, y ha jurado vengarme.

—Y los sardos cumplen lo que prometen.

—Soy sardo de nacimiento, pero mexicano por inclinación.

—Lo sabemos, capitán Rossi; pero ni aun así creo que alcanzará usted la mano de Pilar.

—¿Por qué?

—Porque dicen que aborrece á usted mas que su mismo padre.

—Mañana me temerá. Hoy es rica y yo soy pobre; mañana será lo contrario.

—¿Y los favores que debe usted á Don Andrés?

Añadió un tercero.

—Todo el mundo está exceptuado de guardar gratitud á los *gachupines*.

Contestó el italiano.

—Ellos son los que derraman el oro para que muera nuestro partido.

—Los enemigos de las ideas liberales.

—Los que trabajan sordamente por que vuelva á mandarnos Fernando VII.

—Los que conspiran contra nuestra independencia.

—Arrojémosles de nuestro suelo.

Exclamó el capitán Rossi.

—Si: arrojémosles:--contestaron todos á la vez.—Muerto el perro, muerta la rabia.

—Es preciso—añadió Rossi viendo el buen efecto que producian sus palabras--que acaben las consideraciones que hasta ahora se han tenido con ellos. Mañana nuestras armas elevarán al poder al general Guerrero, y él hará salir del país á sus antiguos dominadores.

—¡Viva el general Guerrero!

Gritó entusiasmado uno de los del grupo. Y luego pasando del tono del entusiasmo al de la impaciencia, añadió:

—Pero Fernando no llega: ¿tendremos que esperarle hasta el día del juicio?

Luísa y Enrique, al escuchar aquel nombre se miraron asombrados, aplicaron el oído para no perder ni una sola de las palabras de aquella conversacion.

—Media hora mas, señores;—dijo Rossi—media hora mas.

—¿Y no seria mejor esperar esa media hora en su misma casa, y no aquí al aire frio?

—De ninguna manera nos conviene hacer tal cosa.

—¿Por qué, mi capitán?

—Porque se alarmaría su mujer, y luego no le dejaría salir para defender nuestra causa, de la cual es uno de los principales caudillos.

—¿No le dejaría salir!

Contestó uno con tono incrédulo, y soltando una carcajada.

—Sin duda alguna.

Advirtió Rossi.

—Usted se chancea, mi capitán. ¿Pues no le deja que pase todas las noches en...

Rossi le atajó la palabra diciendo en voz baja, aunque no tanto que Luisa no lo oyera:

—Es que ella lo ignora.

—¿Y cuál es la causa?—Preguntó otro de los interlocutores, acercándose cuanto pudo al capitán.—¿Los amores con alguna hermosa y principal dama?

—Escuchadme: pero antes prométanme ustedes guardar el secreto.

—Lo juramos.

—Pues atención.

Luisa se arrimó (cuan-to pudo) á la ventana

para descubrir el misterio que encerraban las nocturnas salidas de su esposo: se revistió de toda la fuerza necesaria para escuchar si le era infiel; pero por mas que contenía la respiración para no hacer ruido, ni una sola palabra podía recoger su atento oído. Tanto cuidado puso Rossi de que su acento no traspasase el círculo de hombres que le escuchaban.

—¡Interesante historia!

Exclamó uno en alta voz en cuanto acabó de hablar el capitán.

—Y bien contada—añadió otro.— Pero puesto que sabe usted dónde se halla, y tiene usted entrada en la casa, ¿no sería mejor que fuésemos á buscarle?

—Teneis razon: vamos allá:—contestó Rossi—pero no: iré yo solo. Vosotros llevais fusiles y podriais llamar la atencion del gobierno.

—Es verdad.

—Esperadme en la Acordada, y decid al jefe principal, que pronto me presentaré allí con Fernando.

Al concluir estas palabras, los conjurados se alejaron de la casa, y Luisa y Enrique se quedaron temiendo una desgracia.

—¿Has oido, hermano mio?... Mi esposo

está metido en esta revolucion sangrienta, en que se pide la expulsion de los españoles, y se medita la ruina de mil familias.

—Lo sospechaba. Pero esto, aunque me alarma, no me indigna tanto como el recelo que me ha inspirado la historia contada por el capitan y que no hemos podido oír.

—¿Crees tú...?

—Te prometo descubrir ese misterio; pero si olvidado de sus deberes, si abusando de tu afabilidad y prudencia te ofende...

—¡Ah!... no... ya no quiero saber nada: su voluntad es que yo ignore este secreto de su vida, y mi deber es respetar sus mas ligeros deseos. Pero ¿no es Fernando el que se descubre allá al fin de la calle?

Enrique fijó la vista en el rumbo que Luisa señalaba, y contestó:

—Sin duda; y está, si no me engaño, hablando con el capitan Rossi.

—Tienes razon.

—Ya se separan, y tu esposo se encamina dos hácia aquí.

—¡Quiera Dios que no haya condescendido con los deseos de los pronunciados!

—No le esperes. Pero me voy, porque no

podria ocultar mi disgusto por su incomprendible conducta si le viese á mi lado.

—Adios, Enrique. Pide al cielo que no aumente con nuevas amarguras el dolor de mi alma.

Los dos hermanos se abrazaron cariñosamente. Enrique salió prometiendo descubrir el secreto de Fernando, y subiendo en su coche, se perdió entre los arcos del acueducto.